

Anja Snellman

**LAS CHICAS
DE LA TIENDA
DE MASCOTAS**

¿Qué ocurrió en realidad con Jasmin y Linda?

Traducción:

LUISA GUTIÉRREZ RUIZ



MAEVA

UNA CHICA PARECIDA A MÍ

1

Desaparecí hace doce años, la primera semana de diciembre en la ciudad de O. Según los testimonios que la policía dio por válidos se me vio por última vez, junto a mi amiga Linda que desapareció conmigo, en la escalera de su domicilio, el viernes 1 de diciembre alrededor de las 18.30, información que se comunicó a la prensa.

En la descripción personal que se dio de mí, se mencionó que muy probablemente vestía pantalones vaqueros azules y descoloridos por la zona de los muslos, camiseta blanca, larga hasta las caderas, y sudadera rosa, con la cara de un mono sonriente impresa en color negro en la espalda. En la cadera, un cinturón de cuero marrón, ancho, con remaches y de hebilla grande; al cuello, un pañuelo largo y de color rosa, bajo el cual posiblemente llevaba numerosas cadenas plateadas; y en las orejas, pendientes de perla y unos aros de plata. Seguramente llevaba también una mochila de raso color turquesa y una pequeña bolsa de deporte azul y blanca con el logotipo de Nike en blanco. Mi altura por aquel entonces era de 169 centímetros y, según las juiciosas estimaciones de mi madre, era de constitución delgada, tenía el pelo rubio, liso y largo, un poco por debajo de los hombros, y ojos de color azul grisáceo. Nórdica de pura cepa. Literal y al pie de la letra. Y el policía encargado de rellenar el formulario lo tecleaba todo, tal como suele hacerse. Luego, anotaría también

que mi cabello parecía algo sucio, y que en la mejilla izquierda tenía un grano irritado o una rojez semejante de tamaño considerable. Nunca había dudado de las dotes de cotilleo de los vecinos de Linda.

La pista del domingo 3 de diciembre por la noche resultaba, en opinión de la policía, algo ambigua; por supuesto que también fue registrada, pero, por desgracia, no la consideraron especialmente digna de ser tenida en cuenta. En un caso como aquél, aparecían siempre muchas pistas, dos tercios de las cuales procedían de «testigos conocidos», aquellos que llaman a la policía se trate de la desaparición de una chica, de un coche o de un loro.

La información del domingo por la noche procedía del dueño de un quiosco situado en el centro de la ciudad, sospechoso de haber robado en su propio establecimiento. Tales conjeturas nunca se confirmaron, pero la duda había quedado sembrada. Se pensaba que era homosexual, y los habitantes del barrio se habían quejado de él repetidas veces, y aconsejado a sus hijos que comprasen los caramelos y bonos de autobús en otro lugar. El hombre mantenía abierto su pequeño quiosco con forma de vagón de tren desde muy temprano hasta bien entrada la madrugada, y por las noches, vendía comida caliente, como patatas fritas, perritos y empanadas de carne, desde el otro lado del establecimiento. Cuando los bares cerraban, el quiosco se convertía, según los habitantes del barrio, en un lugar ruidoso, principalmente por el molesto bullicio de los chicos jóvenes.

Una chica parecida a mí se había acercado al quiosco la noche del 3 de diciembre, un poco antes de medianoche, en compañía de un hombre de mediana edad. La chica parecida a mí llevaba sobre los hombros un amplio abrigo masculino de color camel y un animalito peludo blanco entre los brazos, probablemente una chinchilla. Sobre mi ropa, el dueño del quiosco no podía decir nada más, excepto que iba sin gorro y que mi pelo estaba revuelto. El hombre que estaba conmigo llevaba traje oscuro, bufanda a cuadros marrones y un sombrero de ala ancha, de modo que su rostro quedaba

oculto. Bajo el sombrero, pelo castaño claro, algo largo y suavemente ondulado, y en la mano, un portafolios de apariencia cara. El dueño del quiosco recordó que la chica parecida a mí daba la sensación de haber llorado y, en cierto modo, de estar aturdida. Además, se apreciaba un rasponazo en su sien izquierda y un moretón debajo de su ojo derecho.

Mamá se enfadó por el relato del dueño del quiosco y negó tajantemente la veracidad de semejante indicio. Aunque parezca extraño, pasó por alto la chinchilla, pese a que, hacía poco, la madre de Linda le había comentado que nosotras nos paseábamos con una mascota de ésas. «Absurdo, disparatado, no puede ser», se había reído cuando la policía la llamó para ponerla al corriente de la pista del domingo por la noche. «Absurdo, disparatado, no puede ser», así opinaría sobre muchos de los comentarios y preguntas de la policía. Por aquel entonces, mamá no era la mujer prudente y analítica de siempre. Lloraba mucho, se reía mucho, la mayoría de las veces simultáneamente.

Cuando alrededor de mi caso se formó el denominado Grupo Jasmin, el jefe de la investigación le dijo a mi madre que si no ocurría nada en seis meses, sería aconsejable limitar las esperanzas. Después de encontrar a Linda, se acercó personalmente a casa de mi madre y le explicó que, en aquellos momentos, las cosas estaban así, que el equipo contaba con aún menos de esa famosa esperanza que nunca se pierde. Y luego seguían los fríos datos: se trataba de un caso, debido a la cadena de acontecimientos, difícilmente reconstruible, un caso de homicidio de dos jóvenes, o de una y el desalmado secuestro de otra, y para resolver semejante dilema, siempre se necesitaba un golpe de suerte.

Mamá dijo que adelante; le gustaban los fríos datos. Poco a poco comenzó a tomarle cariño al detective de homicidios, con su gorro de lana negro, que hablaba de mi caso siempre en primera persona del plural, utilizaba unas gafas de color rojo brillante de su esposa y en su juventud había sido uno de los mejores jugadores de hockey sobre hielo del país. Entre los policías lo llamaban Banquillo, y también mi madre co-

menzó a llamarlo de aquella manera. La sorprendía su barba; nunca había visto a un policía con ella, y mucho menos con una así. Banquillo le prometió que se afeitaría la perilla en cuanto encontraran a Jasmin.

A lo largo de los años, a la policía le fueron llegando poco a poco diversas informaciones sobre una chica parecida a mí. Uno de mis compañeros de clase me había visto con un niño en el parque de atracciones. Mi antigua profesora de equitación casi había chocado conmigo en el ascensor de unos grandes almacenes. Una familia que estaba de viaje en Malasia informó de que me había alojado en el mismo hotel que ellos. Alguna que otra vez, Banquillo también recibía llamadas desagradables. Una persona se hizo pasar por mi captor y exigió un rescate de seis cifras. La primera vez que llamaron, él se lo contó a mi madre, a quien ya había advertido que, antes o después, se presentarían secuestradores falsos a probar suerte. A pesar de la advertencia, ella se horrorizó enormemente y pidió a la policía que aceptaran las exigencias del secuestrador. Vendería incluso su piso, sus padres se desprenderían de sus acciones, y así sucesivamente. Banquillo conocía bien la confusión que se apodera de la mente de los familiares y, tras esa primera vez, no volvió a molestar a mi madre cuando llamaba a alguien. En posteriores ocasiones, consiguió pillar a algunos de los que llamaban.

De vez en cuando, el Grupo Jasmin se ponía de nuevo en marcha. A veces llegaba una pista sobre el posible paradero de mi cadáver, pero pronto se daban cuenta de que no había conexión entre las informaciones y el caso. Mi desaparición, presuntamente un delito de homicidio, se planteaba siempre dentro de ese contexto, y la policía lo trataba con detenimiento como suele hacer. Cadenas de acontecimientos, líneas de investigación. ¿Habría aparecido algo nuevo? ¿Se encontrarían casos antiguos en los que hubiera habido algo remotamente parecido? ¿Existía, después de todo, alguna conexión entre el incendio en la nave industrial y Linda y yo? ¿Había algo que antes no se hubiera tenido en cuenta? Se habló con bandas de moteros, cuyo lugar de reunión se encontraba cerca

de la nave, se preguntó a personas clave cuándo se había organizado por última vez una fiesta *rave* allí, y se buscó gente sin hogar que pernoctara en la zona; también se interrogó a algunos pirómanos que en aquella época actuaban por el lugar. Jóvenes policías recién salidos de la academia examinaban expedientes con agilidad o buscaban en la red, apuntaban nuevas conexiones, anotaban en los márgenes de las actas signos de exclamación y de interrogación. ¿Una chinchilla bajo el brazo? Sí, claro.

La información del dueño del quiosco era totalmente cierta. La chica era yo. Con las prisas, el Bautista corrió un riesgo sacándome del coche y arrastrándome con él a comprar ese tabaco de pipa con olor a dátiles, que se le había acabado o quizá caído del bolsillo en la celeridad del incendio. Y también había que comprar, claro, una barrita de chocolate con sabor a coco. Marca Bounty. Siempre lo acompañaban esos dos olores. Entonces también.

Me acuerdo muy bien de la mirada del calvo dueño del quiosco; tenía una especie de tic nervioso en un ojo y creí que me estaba haciendo guiños. Sentía frío y náuseas. No recuerdo con exactitud qué ropa llevaba debajo del abrigo del Bautista, creo que un top y unos pequeños pantalones cortos brillantes. Alguna de las muchas bebidas mezcladas con pastillas hacía que me sintiera sin fuerzas, y al mismo tiempo, con los sentidos despiertos. Para entonces, Linda ya estaba muerta, había muerto el domingo, a primera hora de la noche. Encontraron e identificaron su cuerpo varios meses después. Qué raro que el agudo dueño del quiosco no mencionara nada a la policía sobre el amargo olor a tabaco que desprendía nuestra ropa, y que durante muchos días se mantuvo en mi pelo y en la piel de *Miss Frank*. Quizá poseía poco sentido del olfato o tal vez era que el olor a fritanga hacía imposible que se percatara de él. De todos modos, si lo hubiese mencionado, es posible que Banquillo se hubiera quedado meditando sobre ese pequeño detalle, empezado a unir una cosa con otra y, quién sabe, quizá nos hubiera seguido la pista.

En algún lugar, en los archivos de casos sin resolver de la policía de la ciudad de O, se encuentran los fragmentos de mi último fin de semana de diciembre en mi ciudad.

No he vuelto a tocar la nieve. No he vuelto a estar de pie en medio de la ventisca disfrutando de los copos de nieve que me caen en el rostro. No he vuelto a esquiar, ni a deslizarme en trineo por una colina. Cuánto deseaba entonces, los primeros años, que la nieve formara una duna para poder saltar por la ventana y escapar. Y ahora, hace años que ni siquiera pienso en la nieve y el hielo. En saltar. En irme a ningún sitio, aunque eso sería más que fácil en estos momentos en que no hay esperanzas de que el Bautista se cure. Sé dónde guarda la llave, recuerdo el código para abrir la puerta, estamos solos en casa y él, a mi merced.

¿Sería yo todavía capaz de patinar? No sé. ¿Sabría tejer unas manoplas? No creo. Pero sé hacer otras muchas cosas: taquigrafiar al dictado, en la lengua del Bautista, por supuesto; puedo enumerar todas las variedades de rosas de nuestro jardín y podarlas y abonarlas de diversas maneras; sé buscar en el fondo del mar las esponjas adecuadas, limpiar y triturar la baba grisácea, tallar su esqueleto de una forma bonita y, además de todo eso, sé también aquello que no mencionaré, que no se ha escrito nunca en ningún libro ni se escribirá. Aunque quién sabe. Tal vez algún día leáis la *Guía sobre lap-dance* de Jasmin Martin o su *Introducción al striptease en barra*.

«No añoro mi casa, mi hogar está aquí. Además, cómo podría dejarte ahora», le digo al Bautista cuando leo para él la crítica de un concierto o de una película, o sobre la visita de una compañía de ópera, y mi país aparece en las noticias. Él sonrío, me mira a los ojos, me da palmaditas en el brazo con su delgada y temblorosa mano, de un modo tan inseguro y torpe que hace daño. Su antes vigorosa muñeca se ha vuelto delgada, con manchas grises, como la rama de un eucalipto. Luego, cambiamos de tema y le pregunto si desea que lo bañe, tomamos una gran esponja, una de color miel. Eso es lo que más le gusta. Eso y el sonido de mi risa

tintineante, si bien dice que ya hace años que mi risita es de demasiado mayor; el sonido que él adoraba desapareció cuando cumplí 16 años. Eso es lo que les ocurre a todas las niñas, con el tono de la risa y lo demás. He intentado practicar esa risa infantil para complacerlo. Por las noches veo los anuncios de la televisión, y en alguno siempre aparece una niñita preciosa envuelta en un vestido sedoso por el suavizante con olor a flores que se ríe justo con la risita adecuada.

Al principio, cuando intentaba escapar por lo menos una vez a la semana, el Bautista me prevenía sobre todo tipo de cosas. En el jardín hay minas. La alambrada de la puerta y el muro es eléctrica. A mamá y a mi hermano les va a ir muy mal. Sin un pasaporte voy a tener problemas y acabaré cayendo en manos de delincuentes sin escrúpulos.

«Siempre habrá un mañana y un pasado mañana», replicaba yo. Esa era su frase favorita; se la arrebaté y arrojé a la cara, pero él sólo se reía. «Mi pequeña Ruut, me gustas precisamente así.»

Por aquel entonces aún no conocía su verdadero nombre. Lo llamaba Jim Thompson porque sabía que no le gustaba. No supe que su auténtico nombre era Bruno Max Huber hasta que me pidió que ordenara las estanterías de su estudio, en las que se encontraban varias obras escritas por él.

Hace poco me declararon muerta. Mamá hubiera podido hacerlo mucho antes, pues, tras el tsunami de Tailandia, los trámites para declarar muerta a una persona se facilitaron también en mi país. Con ello se buscaba mitigar el sufrimiento de los allegados y la inútil espera que acababa ahogando la vida. Sin embargo, creo que aunque hubiera estado entre los vapuleados por las olas, mi madre me habría esperado igualmente esos 12 años.

Me había convertido en un caso sin resolver. Eso es lo que Banquillo le había dicho a mi madre.

Sin cadáver, sin sospechoso.

Desaparecida como la ceniza en el viento. Me vuelven a la mente las metáforas de mi idioma, con la anciana voz de mi abuela.

En mi corazón sé que mi madre todavía me espera. Aunque le hayan hablado de las probabilidades. Aunque conoce bien el destino de los niños desaparecidos. Aunque es médico y sabe distinguir los hechos de las creencias. Aunque su vida ha cambiado radicalmente, muchas veces, tras mi desaparición. Aunque. A pesar de todas esas palabras razonables y todos los cambios que se han producido, mi madre no ha querido mudarse de la casa donde vivíamos juntas antes de mi desaparición. Mi habitación se encuentra exactamente igual que antes, con el despliegue de fotos familiares en la librería, retratos míos esparcidos por encima de las mesas, un clavel rosa recién cortado delante de mi foto escolar, en la que decían que mostraba mucho sentimiento: la última que me hicieron. Fue justo esa la que, tras encontrar el cuerpo de Linda, se difundió en la prensa, en los programas de televisión sobre delitos y en Internet. Fue esa misma la que ocupó la cubierta del libro escrito por mi madre con calculadora esperanza, por supuesto.

Algún lector recordó haberme visto en algún sitio; una persona que anónimamente se había puesto en contacto con mi madre estaba segura de que había visto nuestras fotografías en una página web pornográfica, pero cuando Banquillo junto con la policía de delitos sexuales y una persona experta precisamente en casos relacionados con Internet se dispusieron a investigar el asunto, no hallaron ninguna imagen alarmante, sino unos cuantos bonitos retratos en bikini en una galería juvenil.

Mamá se sintió desconcertada ante las fotos, pero sólo durante una milésima de segundo, pues había temido lo peor; y qué era lo peor, no se atrevía ni siquiera a pensarlo. Así pues, al no haberse encontrado nada, se sintió aliviada, aunque Banquillo explicó que no había nada seguro, que podía haber existido algo, ya que esa clase de páginas cambiaban con asiduidad. «Lo que estaba aquí, ahora está lejos. Así es la

estrategia del juego. Se hará todo lo que se pueda y después, ojalá que exista esa famosa fuerza superior», le dijo a mi madre.

Por suerte, mamá nunca llegó a ver las fotografías pornográficas que nos tomaron a Linda y a mí; ya tenía suficiente con toda aquella escasa y finalmente orientativa información que la policía pudo proporcionarle. Aunque jamás me hubiera reconocido en las fotos del Wet Pet Club, o en una de aquellas muchas otras. No estaban destinadas a las madres.

Los primeros años, mi madre se preguntaba una y otra vez por qué. Por qué su hija había desaparecido de aquel modo, sin dejar ni rastro, por qué precisamente su hija se había evaporado sin dejar huella; y si se había ido a algún sitio por voluntad propia, por qué razón y por qué precisamente a ella, a Sara Martin, le estaba ocurriendo todo aquello. Primero moría de cáncer el gran amor de su vida, luego desaparecía su hija. Pero no, su hija ESTABA viva, TENÍA que estarlo, ella lo había decidido así.

Posteriormente, mamá me hizo un llamamiento por medio de la prensa. Encontré numerosas entrevistas en las cuales me decía que podía volver cuando quisiera, de donde fuese y en el estado en que me encontrara. Si estaba viva y volvía, daba igual qué clase de experiencias y vicisitudes hubiera vivido, ella no me reprocharía nada. No me pediría explicaciones. No me presionaría, no me intimidaría, no me amenazaría. Nunca me preguntaría por qué.

Esas preguntas las guardaba para el Altísimo.

2

En los artículos escritos por el Bautista y en las solapas y contracubiertas de sus libros, siempre aparecía la misma imagen: una fotografía de juventud en la que el Bautista, Bruno Max Huber, miraba por encima del hombro izquierdo, con cejas gruesas, ojos entrecerrados, barba incipiente, hoyuelos

en las mejillas y un diamante en el lóbulo de la oreja más próxima a la cámara.

¿Qué habría pensado mamá de la foto? Si hubiera podido enviarle secretamente uno de los libros del Bautista con una nota escondida entre las páginas... «Hola, mamá, vivo lejos de casa con el escritor de este libro; ahora que lo he conocido mejor resulta un tipo muy agradable, quizá no un yerno de ensueño, pero sí rico y por lo menos joven y atractivo.»

He tenido tiempo de entretenerme con pensamientos de muchas clases.

A veces se me ha ocurrido pensar: ¿y si le hubiera conocido así, como el hombre de treinta y tantos de las fotos, en algún otro lugar? ¿En un curso de inglés en Brighton, en un campamento escolar en Malta, con Linda en Miami, si alguna vez hubiéramos podido llegar hasta allí?

¿Y si mamá lo hubiera conocido por ahí? ¿Si se hubiera encontrado a Bruno Max Huber en una conferencia en el extranjero? ¿Le habría gustado? A veces me he imaginado su encuentro. Intento figurármelos en la misma habitación, mamá y Bruno Max Huber. ¿De qué hablarían? En cierto modo, creo que tendrían mucho de que hablar. El Bautista es de esa clase de personas a las que tienes que escuchar.

De mi vida anterior sólo recuerdo claramente dos fotografías. Una es esa foto de la escuela que odiaba especialmente por mi pose de cabeza inclinada-sensible-cursi, y la otra es un retrato de uno de mis primeros cumpleaños, que mamá aún conserva sobre su mesilla de noche y sobre el cual escribí en su primer libro, publicado apenas tres años después de mi desaparición.

El libro se titula *Lunes*, y en él mamá describe con precisión el día en que comprendió que yo había desaparecido. Fue su última semana de trabajo. La tarde del viernes cerró su consulta ginecológica privada y pidió una baja por enfermedad. Durante mucho tiempo no pudo soportar la idea de

volver al trabajo, y su recepcionista se encargó de arreglar los papeles, de cancelar las citas para las semanas siguientes, y de encajar las reacciones de las sorprendidas y enojadas pacientes. Durante mi infancia Paula Pauliina –sí, ése era su nombre de verdad– iba una vez a la semana a limpiar a nuestra casa, y con bastante frecuencia me cuidaba cuando mamá y papá tenían planes. Paula Pauliina vivía con su anciana madre y, además, cosía, tejía, era aficionada a la genealogía, había seguido cursos por correspondencia y quién sabe cuántas cosas más. Cada año algo nuevo, la mayoría de las veces en el instituto obrero nocturno. En el álbum de trucos y consejos para el hogar de cualquier mujer se hallaban montones de recortes enviados por ella. Mamá decía a menudo que si Paula Pauliina no hubiera existido, habría que haberla inventado.

Hay un recuerdo que últimamente ha acudido mucho a mi mente. Ese instante es como sigue:

«Aim baad, aim baad», canta la pequeña Jasmin. Está sentada en las rodillas de papá y disfruta de la atención de todos. Papá lleva barba y ésta le hace cosquillas en la nuca. Ella se ríe y agita en la mano un conejito de peluche, antes envuelto en papel de regalo, que hace ruido. Jasmin tiene el pelo rubio y ondulado y dirige a todos con encanto su risa tintineante. Mueve el conejito. Sonidos metálicos. El conejito se balancea de un lado a otro, adelante y atrás. Paula Pauliina está resplandeciente. Ha sido ella quien ha hecho el peluche y ha escondido en su barriga un cascabel. Así su madre siempre sabrá por dónde anda la pequeña en todo momento.

Mamá y papá sonríen. Todos están reunidos el día de su quinto cumpleaños. Familia, amigos, vecinos, conocidos. También han invitado a los niños de la guardería. Han encontrado canciones de Michael Jackson y de las Spice Girls en una rocola. A los niños les llama la atención esa *jukebox* rechoncha y de un rojo brillante que se alza en la esquina de la habitación. Es un regalo de papá y mamá para Jasmin. Uno de los niños intenta subirse encima, la hermana de otro lo

devuelve al suelo tirándole de la pernera del pantalón. Los niños tienen de donde agarrar, niños con camiseta, con pantalón de campana. Las niñas visten tops de lentejuelas y jerseys de encaje, minifaldas, vestidos de raso que transparentan los huesos del tórax.

«Aim baad», canta Jasmin en las rodillas de su padre, y hace señales al fotógrafo agitando el brazo. Ríe y ríe con risa infantil. Ha cogido cinco frambuesas del pastel de cumpleaños y se las ha colocado en la punta de los dedos; seguro que eso está un poco prohibido, pero quién se lo va a negar en el día de su cumpleaños. Se come las frambuesas una tras otra mientras el fotógrafo capta la instantánea. Empieza por el dedo gordo, sigue por el meñique, luego el anular, y con los otros dedos forma una v, el signo de la victoria de la frambuesa. Los invitados aplauden. El conejito flota en el aire y finalmente sale volando. Ups, tintineo. Paula Pauliina recoge el peluche rápidamente y se lo tiende a Jasmin. En la tarta hay cinco velas. Las frambuesas saben dulces. Fuera brilla el sol. Una composición perfecta. Una luz perfecta. Un día perfecto para cumplir cinco años. La llaman cumpleañosera, y por primera vez tiene esa sensación en su estómago; qué agradable es todo, los cumpleaños, ser objeto del festejo, el centro de atención, la admiración. Ser alguien. «Aim baad», una niña que se sabe maravillosa canta en su quinto cumpleaños y sopla todas las velas de una vez. Aplausos. Cinco años más tarde le regalaron un conejito de verdad, diez años más tarde estaba desaparecida y con ella sólo pudo llevarse la chinchilla, esa que le recuerda las mascotas de su infancia.

3

«Tienes una piel espléndida, sonetos y helado, y se ve que estás totalmente poseída por Satanás», me dijo el Bautista la primera vez que nos vimos en el Wet Pet Club.

Según él, hacía ya tiempo se había fijado en mí, pero yo no le había prestado atención entre todos aquellos tipos

jadeantes de la misma edad que, además, la mayoría de las veces se sentaban o estaban de pie en penumbra. Bueno, el Bautista siempre llevaba aquel sombrero, pero también otros llevaban uno.

«Ah», contesté. Me había tomado una pastilla y estaba lista para pasármelo superbien, y el resultado sería el crujiir de los billetes que llenarían mi nuevo bolso Mulberry marrón claro.

«Muéstrame todo lo que Satanás te ha enseñado —me susurró recostándose en el sillón de la cabina, con los brazos y las piernas extendidos—. Yo te pondré nota en la escala de las llamas infernales», dijo despacio, como probando mi nivel de inglés, y con sus ojos oscuros sonrientes. Era un hombre alto, de casi dos metros, con el pelo largo, boca ancha y unos cautivadores ojos de cejas oscuras. Y el sombrero. Le gustaban los de ala ancha y las gorras con visera que creaban sombra sobre su rostro.

Después de aquel día volvió a verme muchas veces, no las llegué a contar, primero en la trastienda del negocio de mascotas y más tarde, numerosas veces, en el Wet Pet Club. Al principio quería que me riera como una niña y me hacía cosquillas cuando me sentaba sobre sus rodillas, luego, que lo masturbara, tras lo cual me insultaba y pagaba el doble, y así me acabó reservando en exclusiva. Yo era su chica. Mi bolso continuaba llenándose de billetes nuevos y lo sustituí por un modelo más reciente, aunque Linda no podía entender qué me atraía de aquellos bolsos de mujer burguesa, ella, que juraba en el nombre de Vuitton, el favorito de todas las modelos de talla XXS; en ellos no había ningún estúpido logotipo de un árbol o galgos a la carrera.

¿Estuvo Linda alguna vez celosa porque el Bautista me había elegido a mí? Nunca se me ocurrió pensarlo. A pesar de que Lido se aprovechó de la situación y me ofrecía también a otros cuando el Bautista no andaba por allí, a pesar de que Randi, el chico de piel morena que no paraba de mirarme intentó protegerme de un modo estúpido. Finalmente el Bautista se acabó enterando de todo, claro.

Se sentaba siempre en el mismo rincón, al lado de la barra de plástico de brillo tenue y, después de hablarme durante largo rato de Satanás y de las llamas del infierno, de que en realidad había sido cubierta de pecado, pero por dentro aún no, es decir, que quizá pudiera salvarme, me pedía que primero bailase para él en la barra y luego me sentara en su regazo. Y claro, me hacía fotos, muchas fotos. Pagaba a Lido dinero extra para poder fotografiarme en el club.

Decía que se llamaba Jim Thompson, y todas las chicas revoloteaban a su alrededor y hablaban mucho de él. Desde hacía un tiempo era cliente habitual del Wet Pet Club, y de él se comentaba que era una especie de hombre de negocios que viajaba por todo el mundo y que siempre le habían gustado las jovencitas, no iba nunca con mujeres.

Algunas chicas aseguraban que él, Jim Thompson, era el que estaba detrás de todo, el pez gordo detrás de Lido, el que llevaba el negocio desde algún otro país, que era el misterioso y lejano mister Dakota. Una de las chicas había oído hablar de un tal mister Dakota y pronto sacamos la conclusión de que ese tipo era seguramente el auténtico Gran Jefe. Estábamos seguras de que formábamos parte de una gran red; resultaba emocionante e importante. No nos podíamos imaginar que el rechoncho Lido, con sus botas de puntera dorada, fuera el único responsable.

4

17.12.200...

... el historiador del arte e investigador de religiones y ética sexual Bruno Max Huber fue un reputado conferenciante en universidades y encuentros de esa especialidad por todo el mundo.

Fue asimismo un profesor estimulante, que incansable apoyaba a sus alumnos, y se le consideraba como un auténtico hombre renacentista, cuyos conocimientos abarcaban des-

de las artes visuales hasta la música barroca, desde los cinturones de castidad y las orquídeas hasta las fiestas de disfraces medievales.

Muchos recuerdan, entre otros el abajo firmante, al espigado Bruno Max Huber, quien llevaba una efigie de Herodoto en la cartera, tanto en inauguraciones de museos y exposiciones de arte, como en el estreno de óperas y distintas galas benéficas. Bruno Max Huber viajaba mucho, y eso le agradaba. Siempre aceptaba las propuestas interesantes, y era un orador solicitado para pronunciar las palabras inaugurales en las cenas de las universidades y de las empresas más importantes. Era asimismo conocido por su mente abierta y su falta de prejuicios. Numerosos centros de investigación del sida de todo el mundo recibían donaciones regulares de su parte, y en los últimos años, mostró preferencia por toda clase de actividades relacionadas con la lucha contra el tráfico de personas

Entre sus excentricidades se encontraba el hecho de que guardaba el más absoluto silencio sobre el año y el lugar de su nacimiento. Según la mayoría de las estimaciones nació en A. a principios de los años cuarenta. Se cambió el apellido ya en sus primeros años de estudiante y nunca regresó a su país de origen.

Bruno Max Huber era celoso de su vida privada. De vez en cuando se retiraba a trabajar en la más completa soledad a su casa palaciega, situada en la ciudad de H.

El conocimiento de Bruno Max Huber sobre arte erótico no tenía parangón. Hasta los últimos años, en las subastas fue considerado un experto y respetado coleccionista de arte. Acerca del probable destino de su incalculablemente valiosa colección de arte, el que suscribe no dispone de información. Que se sepa, Bruno Max Huber no tenía familiares vivos, por lo que su cuerpo fue inhumado en la intimidad.

Bruno Max Huber recibió gran cantidad de premios y menciones internacionales del mundo del arte; entre ellos, fue nombrado doctor honoris causa por universidades de diversos países. Sus obras han sido traducidas a numerosos

idiomas. Personalidades del arte y la ciencia del mundo entero echarán en falta su gran persona.

Andreas S.

El autor es un antiguo amigo y compañero de trabajo de Bruno Max Huber.

5

Aquel año, la primavera llegó con retraso. Cinco meses después de mi desaparición, cuando por fin la nieve se derritió, mamá fundó la AFADE, la Asociación de Familiares de Desaparecidos. El día de Reyes había asistido a un programa-debate de televisión, después del cual le comenzaron a llegar montones de cartas y correos de otros padres y familiares cuyos hijos y parientes igualmente habían desaparecido.

Aunque la policía intentó frenarla un poco, mamá decidió organizarme una ceremonia de conmemoración a la que invitó también a algunos medios de comunicación. En realidad no se trataba de un acto en mi memoria, sino más bien de una ocasión para la tristeza y la esperanza, un foro en el cual compartir sentimientos. La ceremonia de recuerdo estaba destinada a aquellos cuyos familiares aún seguían desaparecidos. Mamá leyó un texto que ella misma había escrito titulado «Paradero desconocido», basado en parte en las anotaciones de mi diario. Mientras, en una pantalla, se proyectaban fotografías mías de diferentes épocas.

Los periódicos escribieron mucho sobre Linda y sobre mí, casi nos convertimos en famosas, como si hubiéramos ganado *Operación Triunfo* u otro concurso de la televisión; ¡qué orgullosas habríamos estado si hubiésemos podido presenciar todo aquello! Y qué enorme creatividad escondía mi madre. Sorpresa, ella, que afirmaba odiar los diarios vespertinos sensacionalistas y las portadas de las revistas femeninas, permitió complaciente que utilizaran su rostro en favor de la causa de las chicas desaparecidas. En varias entrevistas, mamá

declaró que los chicos acababan por regresar a casa, pero las chicas no, nunca. Había comenzado a leer poemas y encontrado su alma gemela en un poeta cristiano húngaro llamado Pilinszky. Posteriormente, hizo grabar un texto en letras negras sobre mármol blanco. Encargó una lápida que durante tres años guardó en el sótano de nuestra casa, en su gran maleta roja marca Samsonite.

Cuando más tarde, a principios de mayo, fue encontrado el cadáver de Linda pero el mío no, y el departamento policial de investigación para delitos violentos, haciendo gala de un gran despliegue de medios, puso a Banquillo al mando, mamá decidió dedicarse por entero a trabajar con su grupo de apoyo. Redecoró su consulta ginecológica de arriba abajo y estableció allí la oficina de la Asociación de Familiares de Desaparecidos.

Pidió a Paula Pauliina que se uniese a ella, pues deseaba que de ese modo una empleada de tantos años continuara a su servicio, pero ésta se negó en redondo. Aún se sentía enormemente herida por el hecho de que a ella también la hubieran interrogado con motivo de mi desaparición, y encima, tres veces. De nada sirvió que mi madre la consolara asegurándole que habían interrogado varias veces a todas las personas cercanas a mí, por si acaso recordaban algo nuevo; cualquier detalle podía ser importante. Pero Paula Pauliina estaba fuera de sí, y durante mucho tiempo no quiso saber nada de mi madre.

Al principio, la madre de Linda colaboró con la AFADE, como afanosa promotora y encargada de obtener financiación, como anfitriona en los mercadillos, pero se quedó sin fuerzas. Su hija no se encontraba simplemente desaparecida, sino muerta, y sobre las circunstancias previas a su muerte no se había descubierto nada. La reanudación de los interrogatorios policiales y el interés de la prensa por la muerte de Linda y, al margen de ello, por los acontecimientos de la vida de una madre que había sido reina de la belleza acabaron con ella. Todo salió a la luz. La muerte de su primogénita, los

divorcios, la sospecha de que su primer marido había cometido un delito económico, conducción en estado de embriaguez, multas por robar en tiendas, novios. La madre de Linda fue encontrada la primavera siguiente en el suelo del recibidor de su casa, ahogada en su propio vómito y con tranquilizantes y alcohol en el intestino.

Así pues, mi madre puso rostro a la tristeza en solitario. Sara Martin se convirtió en la oyente de los que habían quedado atrás. Aparecía continuamente en distintos medios de comunicación y comenzó a escribir su propio blog, *ApoBlogia de una madre*, que se hizo muy popular. Se sorprendió a sí misma hablando de su dolor abiertamente. Reflexionaba sobre su carrera y su malogrado primer matrimonio, su sexualidad, sus métodos educativos, sus ideas religiosas y no religiosas. Confesó haber escrito tras mi desaparición sobre esto y aquello en la sección de cartas al director de los periódicos. Reconoció que había buscado en el mundo nuevas injusticias y males con los que desahogar su desazón. Reveló haber escrito mi nombre en dos papeletas de voto, haber descargado su energía con excesivo ejercicio físico y planes de adelgazamiento. En los años posteriores a mi desaparición, mamá adelgazó más de diez kilos.

Cuando posteriormente Banquillo recibió de conocidos soplones de los bajos fondos algunas pistas relacionadas conmigo y con páginas de pornografía infantil originarias de mi país, mamá preguntó qué podía significar aquello. Banquillo le explicó que una chica parecida a mí había sido vista en películas y en revistas pornográficas. Un informador holandés me había reconocido en unas fotos, y las relacionó con mi país gracias a las cortinas, los enchufes y los pomos de las puertas que aparecían en ellas, y, aunque también esa vez era muy poco probable que encontraran algo, Banquillo quería hacer un par de visitas a aficionados a ese mundo. Siempre cabía la posibilidad de oír algo nuevo.

Desde su última ronda habían pasado un par de años, y ese terreno estaba cambiando con rapidez, con formas de

actuación totalmente nuevas, explicó Banquillo acariciándose la barba. Muchos jugadores pequeños y rápidos, y cuando llegas al sitio, la red solamente tiembla. Y luego, un silencio sepulcral. Paredes de plexiglás recubiertas de vaho. A mamá le gustaban las metáforas de Banquillo. Si alguien encuentra a Jasmin, ése será Banquillo, pensaba.

Ella había comprendido y aceptado que la posibilidad de que los destinos de Linda y el mío estuviesen relacionados con los bajos fondos, la violencia y quién sabe qué tipo de perversiones no estaba totalmente descartada, aunque en el fondo no podía creerlo. Por eso quería salir en busca de pistas con Banquillo, a quien al principio no le pareció buena idea, pero acabó por aceptar que lo acompañase. Le dio consejos con unas metáforas que mamá no olvidaría nunca. «Los hombres de este negocio, porque principalmente se trata de hombres —explicó—, son como coleccionistas de sellos, quisquillosos, tipos fanáticos, hámsteres que se encuentran a gusto en compañía de semejantes.»

Muchas veces he intentado imaginarme a mi madre entrando en tiendas de adultos, en estudios fotográficos camuflados como salones de masaje, en clubes de *striptease* donde en realidad se traficaba con chicas y chicos para juegos de adultos.

En alguno de esos lugares se hablaba de Linda y de mí. Los antiguos clientes del Wet Pet Club continuaban moviéndose en esos ambientes, y seguramente nuestras fotos seguían circulando entre algunos de ellos; no obstante, ninguno contó lo más mínimo a la policía.

Jamás se llegó a mí por ese camino. «Esto parece un fuera de juego, pero no nos vamos a rendir», repetía Banquillo pensativo una y otra vez. Tras la aparición del cuerpo de Linda y la investigación en La Tienda de Mascotas, él alimentaba sus propias sospechas. El otoño en que desaparecimos, por las inmediaciones del centro comercial se habían movido algunos jóvenes de procedencia extranjera. Unos cuantos fueron interrogados y se indagó en sus antecedentes. Algunos tenían a sus espaldas intentos de agresión; otros, incluso